

Bailan los hombres á este són del cremento y decremento del cerebro, y no lo sienten; acontéceles lo que á los que miran de léjos bailar donde no se le oye el són, parecen meneos suyos y desordenados, porque no se oye el són á cuya consonancia se mueven; así nosotros bailamos al són de estos crementos y decrementos del cerebro, y como no entendemos el són ni lo oímos, parécenos que son nuestros aquellos meneos, y no movidos á la consonancia de aquella causa que los hace.

Ver. Decidme la causa y razon de las mudanzas y alteraciones del cuerpo.

Ant. Sí diré. Lo primero duele la cabeza cuando el daño del humor vicioso que empieza á caer llega á las telas y partes cárneas ó nerviosas (que la misma médula no duele ni siente su daño), porque es el principio del sentir, y luégo se va por la nuca ó médula espinal (que es el caule ó tronco), duele la cerviz ó las espaldas; luégo duelen los muslos y piernas, porque aquella es la via; luégo tiene orejas, que son un vacío del jugo y sustancia que las tenía llenas; múdase el color del rostro; si cae flema, blanquizo; si cae cólera amarilla, se pára amarillo; si cae cólera verde, se pára como verde; si cae sangre sutil, en la vergüenza se pára colorado.

Ver. Por Dios, señor Antonio, más mudanzas hace el hombre que el animal tarando, del tamaño de un buey, que se muda, con el miedo, en todas las colores que le conviene para esconderse: entre flores azules se pone azul; entre coloradas, colorado; entre amarillas, amarillo; entre ramas verdes, verde; y en la tierra, de color de tierra.

Ant. También se muda la voz, porque el retin halla estorbo, como el vaso de vidrio, tinaja ó almirez no retiene tanto, y muda el sonido, si tiene algo dentro, extraño ó pegado á las paredes. Múdase el compas del meneo y andamio, lengua y paños; porque los espíritus que caen por los nervios y arterias van desordenados y incompuestos y de contraria calidad, y huyen los del corazón de los que caen del cerebro, como huye el rayo de la nube, y como huye el sabio del necio y importuno, y así muda todo el meneo del cuerpo, como un viento muda el meneo de un lienzo pendiente en el aire, según el viento corre. Entorpecen los cinco sentidos y la lengua, porque sus vias y nervios se hinchen y atapan, del humor viscoso que les cae de la primera celda de la frente, que se nombra sentido comun. Y así de estas muchas caídas y baños que hace en el ojo se crían las cataratas y pierde del todo la vista. Atápanse las vias del oído, y hácese sordo; no huele, no gusta, porque las vias están llenas del humor que cae del cerebro, y no puede pasar el jugo de la comida; no sube ni tiene camino abierto, ántes cae lo subido del tiempo pasado; y así no gusta ni duerme, porque el jugo de la comida no puede subir, porque el cerebro deja, y no recibe ni chupa; y si lo que cae es flema, tiene mal sabor en la boca y lo que come y bebe, y tiene diferentes sabores, y es su mudanza la causa, y echa la culpa al manjar ó á la bebida; debilita el estómago, causa vómito y desmayos por la contrariedad que tiene el cerebro, y su frialdad con el estómago, y su calor. La lengua volverse balbuciente, ó cesar del todo la habla

á más y ménos, es por la misma razon que cae por los nervios que la mueven, y se entorpecen con el humor viscoso, y se pára muda y muda el color; cáese la cabeza al hombre, aves y animales, ó se van á caer, y entónces nombran vahido, y mucho más cuando se caen las especies y les parece que se cae la casa sobre ellos, ó cae todo el cuerpo en tierra, como en la apoplejía, por gran caída de aquel jugo del cerebro. El caer de los peces es volver la barriga arriba, y el lomo abajo. El caer de las plantas es caerse el fruto y la hoja (que también mudan su color), porque ellas no pueden caer, porque están fijas en la tierra. Arden las plantas y palmas, y el cuerpo á más y ménos por la causa dicha, en la fiebre, que es anteparistasis ó huida de su contrario. Muda el cuero, como las culebras y otros animalejos lo mudan, porque con el decremento del invierno se muere aquel cuero y pierde la vida. Múdase el pelo, como á muchos animales se les cae y lo mudan á la primavera.

Plinio dice del animal nombrado toe, género de lobos, que en el invierno anda vestido, y en verano desnudo. Muchas plantas mudan la corteza, y dejan aquella muerta, y toman otra debajo de aquella para vegetarse, y así viven mucho tiempo. Quitase la gana de comer, porque cae al estómago aquel humor, y dale y no le quita, que es tocar su oficio ó culto, que era siempre chupar y atraer, tomar y dar, tomar de su segunda raíz que metió en la tierra, y dar á todas las ramas, por los nervios y telas, aquel quilo ó jugo blanco; ó sea también por las venas, arterias y retemirabile, que allí fenecen, y están chupando y llevando lo blanco á sus tres oficinas, donde se vuelve colorado, como va el aceite y manteca por el agua sin mezclarse con ella. Y así, porque esta raíz principal trueca el oficio, y las bocas y acetábulos de los vilos del estómago, que chupaban y sorbian hácia arriba, están vomitando y volviendo lo chupado al mismo estómago, no hay gana de comer, y con esto se alimentan los que en mucho tiempo no comen, y los animales en sus latebras en invierno. Causa dolor y tumor en la parte á donde va, y más en la parte nerviosa ó membranosa, como si va al pleuresis, dolor de costado; si va á la ijada, dolor de ijada; si va á los dedos, la gota, porque el tumor estira y desata lo continuo. Dijimos que muda el color y la voz (Plinio, libro x, capítulo xxix), por todo él trae muchas mudanzas del color, y voces y canto que hacen muchas aves en el decremento del invierno y otoño. Unas mudan color y voz, y de repente se hacen otras aves. Las grullas en la senectud se vuelven negras. Las mierlas, de negras, se vuelven coloradas; cantan en el estío, en el invierno su canto es balbuciente, en el solsticio hiemal son mudas.

El francolin canta en libertad, y cautivo es mudo. El ruiseñor canta de una manera en el verano quince dias sin cesar, y de otra manera en el otoño, y muda el color. Los tordos, dice que mudan la forma y color, y tiene este nombre fiseduli el otoño, y despues se nombran melancorfos. La abubilla se muda también, y contrae y derriba su cresta por la longura de su cabeza. Al hombre mudan de negro á blanco los muchos decrementos, y uno solo, si es grande, como los que amanecieron canos, como se dijo, en la congoja y cuidado. Plinio cuenta

de un género de gente que viven docientos años, y en la juventud son blancos, y en la vejez se vuelven negros. Muchos animales mudan el color con el miedo, como el tarando, tragelafó y pulpo. El camaleon lo muda porque su materia es aérea y transparente; pero los que mudan el color en el miedo es porque les cae del cerebro por el cuero aquel humor, jugo ó quilo claro y transparente, y así toman el color de la cosa presente como el vidrio; es naturaleza y efecto del miedo, y no de su albedrío ó instinto para esconderse, como piensa Plinio. Abájense las crestas y diademas, cáense los cuernos á todos los animales que los tienen ramosos, y cada año les nace un ramo (ó punto más), como son los ciervos, gamos y tarandos, que en éstos muestra más claro la raíz del cerebro su oficio y similitud de árbol, brotando hácia arriba, por cráneo y comisuras, aquel jugo blanco, produciendo y criando aquellas ramas; y cuando el decremento del invierno y ausencia del sol les hace caerse, como la hoja y fruto á los árboles, luégo el cremento del verano torna á producir otros, y á los que no se les caen dentro del viejo les nace otro nuevo, tierno y blanco, y quédase el viejo pegado, y hace escalon y señal cada año, que son muestra de los años. Da cámaras, hace malparir aquel desflujó del humor que cae; causa desmayos y locuras, que son propia noja ó daño del cerebro.

TÍTULO LXVI.

De la figura y compostura del hombre.

Rod. ¿Por qué, señor Antonio, todos los más animales traen la cabeza baja, mirando á la tierra, y el hombre solo la trae alta, siempre derecho mirando al cielo?

Ant. Porque, como el origen y nacimiento del ánima del hombre fué del cielo, quedóse así casi colgando dél, y tomó su principal asiento y silla en la cabeza y cerebro del hombre (como la raíz de las plantas quedó asida, al revés, en la tierra), y allí en el alcázar real, donde habia de estar el ánima divina, le fabricó el Hacedor de la naturaleza tres salas (que son tres celdas de la médula del cerebro), en las cuales hiciese sus acciones y oficios espirituales. En la primera de la frente para sentir y entender lo presente. La de enmedio para imaginar y raciocinar lo ausente, juzgar y querer ó aborrecer. La postrera para guardar las especies de lo ya pasado y ausente con tanta orden y tan admirable, cual podréis ver en la anotomía. Allí junto á ella le fabricó cinco órganos ó puertas para los cinco sentidos. Púsole en lo más alto dos vidrieras ó ventanas del alma, que son los ojos, para que por aquellas vidrieras, en abriéndolas, viese su patria, que es el cielo, y gozase de tanta variedad para él criada, y para que atalayase y viese más de léjos, para guardarse de los contrarios de este mundo. Luégo los oídos, para por ellos oír tanta diferencia de sonidos y gozar de músicas. El olfato, para con él oler buenos olores y los contrarios que le podían dañar. Púsole el gusto en la boca, lengua y paladar, para poder discernir y distinguir los sabores de lo que habia de comer, con tal orden de labios, dientes, paladar y lengua para hacer la compresion, y para otro mejor y más alto oficio, que es tanta diferencia de sonidos, voces y palabras para significar y dar á enten-

der sus conceptos. Púsole el tacto por todo el cuerpo, para que en toda parte sintiese el mal y daño. Ciñóle el cuello y alzólo de los hombros, para que estuviese el ánima apartada de las inmundicias de la cocina, y para que mejor se hiciese la resistencia del frío del cerebro con el calor del corazón y estómago. Dividióle la region del pecho de la del vientre con una tela que llaman diafragma, para que el corazón, miembro muy principal, estuviese en medio, haciendo su oficio vital, guardado y cercado de tantas telas, bóvedas y arcos de hueso (que son las costillas), para que no pudiese ser apretado, y también estuviese apartado de las inmundicias de los alimentos. Púsole otras muchas telas en lo interior con artificio para admirable fin, teniendo siempre respeto, en cabeza y cuerpo, á dividir en dos partes, diestra y siniestra (como podeis ver en la anotomía), para que el daño de la una parte no se comunicase á la otra; y si un ojo se quebrase, quedase otro para hacer el oficio. Púsole dos piernas con tantos goznes y junturas para el movimiento y andamio; el pié ancho para sustentarse en el uno, mientras mudaba el otro. Fabricóle dos brazos y dos manos con tanto artificio de coyunturas y goznes, para menearlos y hacer diversos oficios. Dividióle cinco dedos con sus extremos de hueso, que son las uñas, para aprender y tomar y hacer tantos oficios, usos y provechos como dan al hombre sus manos. Y púsole los ojos ambos en la parte delantera, para que, sin torcer la cabeza, viese lo que hacia con sus manos; con tanta excelencia en todo, que esto solo exterior considerado, basta para que el hombre dé infinitos loores á su Hacedor y Fabricador de esta naturaleza y compostura de su cuerpo. Considerando también el admirable artificio de la compostura y variedad de yerbas, plantas y de animales de la tierra, agua y aire; y sus figuras y formas tantas y tan varias, los cuales, por no ser capaces de conocerse á sí mismos ni de dar loores á su Hacedor, quedó esta gratitud á cargo y cuenta del hombre (para cuyo servicio fueron criadas), y él debe dar alabanzas y gracias al Hacedor por sí y por toda criatura.

TÍTULO LXVII.

Por qué se dijo el hombre árbol del revés.

Ver. Pues que nos dijistes, señor Antonio, por qué se dijo el hombre mundo pequeño, decidnos también por qué se dijo árbol del revés.

Ant. El hombre se dijo árbol del revés por la similitud que tiene con el árbol, la raíz arriba y las ramas abajo; la raíz es el cerebro y sus tres celdas de médula anterior, media y posterior. Esta raíz grande y principal produce otra raíz ó seno para tomar jugo y alimento, que es la lengua, gula y paladar; y todo el cuero de la boca y las fibras ó raicillas (ó barbas que se nombran en las plantas) son los poros chupadores ó acetábulos de la lengua, gula y paladar y la via lata que allí está. La tierra y agua que chupan las barbas y fibras de las plantas, la tierra son los manjares, y el agua es la bebida en el hombre; aquí en la boca ó primer seno, toma por expresion su jugo, moliendo y estrujando como en lagar, con las muelas, por los poros chupadores ó acetábulos que tiene, los cuales se ven más gordos, ásperos y emi-

mentes en la raíz de la lengua. Pasa adelante esta raíz hueca, que es el cuero de la boca, y ensangóntase aquella cantidad que dura el cuello y pecho, que es el hisófago ó tragadero, y luego allá dentro se ensancha y hace segundo seno, que es el ventrículo ó estómago, que está colgando y depende del cuero de la boca; y este cuero depende del cerebro y es la túnica interior del estómago. Cuando en este primer seno no puede chupar más del manjar crudo, por la expresion y contricion de sus muelas, envia y deposita las estopas ó manjar machacado á esta parte ancha, que nombramos segundo seno, para tener esta raíz siempre que chupar, porque este árbol habia de mudar lugares; y para que se cueza y mejor pueda tomar su jugo de aquel manjar, que es la tierra, le llueve encima, que es la bebida, tomando tambien esta raíz á la entrada su parte de la bebida. A este jugo, mezclado de manjar machacado y bebida, nombran quilo. Este jugo ó quilo, desde luego que llega á este segundo seno, que es el estómago, lo está chupando y sorbiendo por sus fibras y barbas, que allí tiene mayores que en el primer seno, que es la boca. Las cuales fibras y barbas son como una lanugo de los fillos de los nervios del ventrículo del carnero; el cual vello son las bocas, chupadores ó aceptábulos de los fillos de los nervios, que tejen y constituyen aquella tela ó membrana del ventrículo; los cuales, dicen nacer, como está dicho del cerebro y nervios, de la sexta conjugacion, aunque á la verdad son las mismas telas del cerebro, que descienden á boca y estómago. Pues aquellos vellos fofos raros, que son fin y bocas de los fillos de los nervios eminentes ó no eminentes, están chupando desde el punto que allí llega el alimento, como un fieltro chupa y atrae para arriba y destila y vacia el vaso del agua liquida, y se deja las estopas ó materia gruesa y terrestre. Y para mejor y de todo sacar aquel quilo, pónese esta raíz tres criados á su costa que le den fuego y lo cuezan, y saquen toda la sustancia y jugo del manjar, para que líquido, hecho quilo, como caldo ó potaje, pueda ser chupado y atraído. Estos tres criados ó cocineros que pone son una ascua grande de un lado, que es el hígado, y otra pequeña del otro lado, que es el bazo, y una llama activa de fuego encima, que es el corazón. De manera que está la olla como en trébedes ígneas para cocerse; y como en el primer seno, que es la boca, tomó el jugo la raíz por expresion en seco, aquí le toma por cocimiento de calor, que pasa la substancia del alimento seco al quilo, como pasa al caldo ó potaje el jugo de la carne; y de aquel caldo, potaje ó quilo está chupando siempre y desde luego por sus fibras, barbas, vellos ó chupadores ya dichos. Tambien toma este jugo la raíz de este segundo seno ó segunda raíz por evaporacion en el sueño. De manera que en vigilia sólo toma por sus fibras y vilos chupando, pero en el sueño toma por dos vias, que son esta dicha en la vigilia, y otra, que es evaporacion, via lata que causa el sueño, subiéndolo los vapores de esta parte ancha ó segundo seno ó olla donde se cuece, como sube el baho de la olla ó alquitara á la capa ó cobertera, y allí se juntan; y con la frialdad del cerebro se tornan á la forma del jugo ó quilo que subió hecho vapor, y á éste sucede otro y otro vapor; y así está subiéndolo mientras dura el sueño y la frialdad

del cerebro, volviéndolo en quilo y tomándolo para sí y para sus ramas. Lleno el cerebro de este vapor ó baho, cúbrense con él las especies que allí están, y como en la tiniebla no hace su oficio la vista, sino estarse queda sin su operacion, así entónces el *intellectus agens* y *ratio* (que es el ánimo) se están quedos sin accion ninguna, faltando el instrumento de las especies, por estar cubiertas y atapadas de aquella niebla y oscuridad. De manera que tres maneras hay para sacar el jugo de un pedazo de carne ó de una yerba, que son: compresion, decoccion, evaporacion; y de todas tres usan los hombres en el arte exterior: ó la machacan y aprietan, ó la cuecen en el agua para sacar la sustancia y virtud al agua, ó por evaporacion le sacan el jugo, como en el alquitara ó alambique. De todas tres maneras usa esta raíz principal para tomar su jugo de los alimentos: compresion en la boca, coccion en el estómago por los vilos, y evaporacion por la via lata en el sueño; y algunos animales toman dos veces el jugo del alimento por la compresion de la boca, que son los que rumian.

Esta raíz principal del cerebro y de la parte posterior echa su caule ó tronco hácia abajo, como el árbol lo echa hácia arriba, que es la médula espinal; la cual es de la misma sustancia del cerebro, muy diferente de la médula de los huesos; y de este caule ó tronco salen y se ranean otras ramas de este árbol, que son los nervios, que de allí van raneando cada uno á su rama y miembro, así miembro interior ó criado de su cocina y telas interiores, como exterior, que son piernas y brazos. Pues esta raíz principal toma por estas tres maneras su jugo blanco ó quilo por las fibras dichas, como las raíces grandes del árbol lo toman de la tierra, mojada con sus fibras y raicillas ó barbas, de una manera sola, que es chupando y atrayendo por ellas aquel quilo ó jugo de la tierra mojada, y llevándolo por su corteza la mayor parte la virtud atractiva, que siempre chupa y sorbe hácia arriba en sanidad.

Esta virtud atractiva toma aquel jugo de las raíces grandes, cuando ya está allí, y lo lleva por la corteza del tronco, y de allí va repartiéndolo por todas las ramas su parte á cada una, y de cada rama, con la atractiva, toma su parte cada tallo, y cada hoja toma de su tallo su parte por aquellos nervios y venitas que veis en las hojas; y así la atractiva lleva aquel jugo desde las raíces hasta el más alto cogollo, aunque sean los árboles tan altos como los que cuenta Plinio que no se alcanzan con un tiro de ballesta. Pues así esta raíz principal del cerebro toma su jugo de las raicillas ó vilos que se metieron en la tierra, que es la comida en el segundo seno, y lo atrae y altera, y hace como sangre blanca lo más líquido, y las telas lo echan para arriba por los poros del cráneo y por los nervios de la duramáter y por las cinco comisuras principales de las tres celdas del cráneo, y brota y sale á la vértice ó remolino de la cabeza, y de allí difunde por la corteza, que es el cuero hácia abajo, todo en rededor, por la cabeza y al cuello, hombros, brazos, cuerpo y piernas:

Por esta corteza ó cuero, que es un nervio que cubre todo el cuerpo, va de esta sangre blanca ó quilo lo más líquido, y si es apto para la nutricion y vegetacion, hace la sanidad y cremento, y si es vicioso, hace los

morbos del cuero en su decremento, como la goma en los árboles, haciéndose mal humor vicioso lo que habia de ser bueno y apto para la forma y vegetacion, trocando el camino ó trocando su calidad; de manera que lo que chupaba y atraía hácia arriba esta raíz del cerebro por las fibras y acetábulos del estómago en el cremento, está vomitando y está cayendo por las mismas hácia abajo del cerebro al estómago en el decremento. Y así como los frutos de los árboles se diferencian en grandeza y sabor en diversas tierras y aguas, así en este árbol los alimentos y jugo que toma esta raíz principal en diversas tierras y aguas hacen gran diferencia de hombres, y hacen otras mudanzas los alimentos, que no siente el hombre en sí mismo.

TÍTULO LXVIII.

Mudanzas que hacen los alimentos.

La gran comida en cantidad embota el juicio, estorba las acciones del alma, hace perezoso y ignavo, queda como atado, sin fuerzas, no es para nada, convida y incita á vicios, estorba las virtudes.

Los alimentos melancólicos hacen aquel jugo de la raíz principal del cerebro caduco, y luego se siguen las mudanzas del decremento dichas, y tambien ponen congojas, miedos y sospechas falsas; hacen mal acondicionado, fácil de airarse, aman la soledad, no es afable, traen tristeza, ponen malos sueños congojosos, que dañan como verdaderos, de pérdidas y daños, y derriban aquel jugo, como en vigilia, y lo recuerdan luego, y le quitan el sueño, cayendo lo que subia; ponen malos pensamientos, incitan á malos y bajos vicios.

Los alimentos flemáticos y mucho dormir entorpecen el entendimiento; hacen tardos, ignavos y perezosos; hacen duros y no fáciles de condicion; traen malos pensamientos y vicios. De estos alimentos flemáticos en la genitura y en la nutricion (especial cuando niños que maman, que entónces crece más la cabeza, porque toma para sí más entónces la raíz principal del cerebro) salen y se crian los tontos y faltos.

Para la buena habilidad de los hijos, no han de comer los padres cosas melancólicas ni terrestres, y mucho menos las flemáticas en tiempo que hay aptitud en la mujer para embarazarse, ni despues de preñada ni mientras le da leche, porque entónces crece la raíz del cerebro más que las otras partes del cuerpo, como está dicho, y en verano crece más que en invierno, y entónces han de comer, las que dan leche, buenos alimentos y algunos frutos de meollo blanco, como almendras, avellanas, cacao, piñones, que éstos aumentan el cerebro. Pasada la leche, en la puericia son buenas las cosas dulces para que los niños se crien con buena habilidad, evitando siempre las flemáticas, melancólicas y terrestres que dijimos.

Los alimentos cálidos que pican, como pimienta, oruga, mostaza, clavo, jengibre, ajo, cebolla, y el vino y la gran cena, incitan á lujuria y mueven pensamientos de lujuria.

El jugo de los buenos alimentos ácreos ponen amistad y concordia entre alma y cuerpo, dan salud, ponen buena condicion, incitan á virtudes y alegría, traen

V. F.

buenos y alegres sueños, hacen afables, fáciles y conversables, ponen buenas esperanzas, aclaran el entendimiento.

El apetecer y desear diversos alimentos proviene de la mudanza de esta raíz; cuando está en su manera seca apetece alimentos húmidos y bebida, y se dijo sed, y cuando está en su manera húmida ó falta, apetece alimentos secos, y se dijo hambre. Tambien los deseos de diversos alimentos y manjares le provienen al hombre por estar esta raíz ya llena ó harta de aquella manera de jugo de aquellos alimentos acostumbrados, y desea otro jugo nuevo, aunque no sea tal, y aquel acepta y admite mejor, y con él hace la aceptacion y cremento ó salud, que todo es uno, y á las veces acierta mejor este apetito y deseo que no los médicos; y así vemos con una comida no buena hacer la aceptacion del cremento, y volver esta raíz á hacer su oficio de tomar y dar y vegetar á sus ramas con aquel jugo nuevo deseado, y viene la salud y quitarse la cuartana. Esto hace como la tierra que está cansada de llevar una simiente, y ya no la admite ni cria, y si le mudan otra simiente, la admite y abraza y cria muy bien. Los alimentos buenos y capitales satisfacen más esta raíz, y con menor cantidad se harta, porque toma más jugo de ellos. Los que no son buenos ni capitales dan apetito, y no toma de ellos ni se satisface, y come mucha más cantidad, porque toma menos y no le hartan, y dicese apetitosos, con un gusto superficial y engañoso. De algunos alimentos no es llegado el jugo, cuando es caído por su mala calidad, y queda como si no hubiera comido, aunque queda lleno el estómago, y aquel es mal alimento que queda harto y no satisfecho. Algunos frutos verdes aguanosos, como melon y uva, hacen jugo caedizo y no de buen alimento.

Ver. Aristóteles refiere aquel adagio antiguo, *Tempore belli, mentam nec serito, neque metito*, que dice: en tiempo de guerra ni siembres ni cojas la yerba buena. Yo no veo por qué razon, señor Antonio, la meta sea contraria al ánimo y esfuerzo de los soldados y capitanes, y en este caso, os ruego me digais lo que sentis para el ánimo y esfuerzo de los soldados.

Ant. Yo quiero de muy buena gana hacer, señor Veronio, lo que me mandais. En tiempo de guerra, cuando se espera batalla, yo nunca vedaria la meta; pero hase de vedar á los capitanes y soldados que no coman estas cosas, acelgas, berengenas, aceitunas, sangre de puerco ni otra sangre, aves silvestres de carne negra, pescados de lomo negro, sin escama ó de lugares cenagosos, y todo alimento triste. Y si esto quereis entender más de raíz, sabed que el cremento dicho causa fortaleza, y el decremento causa cobardía, porque el cremento pone confidencia y esperanza firme de bien, y el decremento trae consigo desconfianza y miedo, que es su contrario, y estas dos cosas contrarias hacen errar más á la imprudencia, como ya se dijo, y ésta es la causa por que algunas veces son cobardes los que nunca lo fueron, y ellos no sienten la causa de su mudanza, ni la pueden sentir, que es el decremento y su tristeza.

TÍTULO LXIX.

De la vejez y muerte natural, y por qué viene.

Ver. Pues nos habeis dicho, señor Antonio, las causas por que muere el hombre muerte violenta, decidnos por qué viene la vejez y muerte natural.

Ant. Hipócrates dijo: «El calor que produjo y crió nuestros cuerpos, ese mismo nos mata.» Y dijo Galeno: «Ninguna evidente razon hay que nos muestre por qué viene la muerte, sino es la experiencia de ver á todos morir.» Avicena, Hipócrates, Aristóteles, Platon y otros muchos sintieron que nuestro calor propio consume y destruye el húmido radical, como el fuego consume la materia en que arde, y así acaba á sí mismo. Platon da causas y razones cómo viene la vejez. En todo lo cual, señor Veronio, todos erraron, y no dieron en el blanco ni alcanzaron la verdad.

Ver. Pues decid vos; veamos si le acertais.

Ant. La verdad es ésta: que aunque falten los decrementos violentos de la sensitiva y vegetativa y procatárticos, no pueden faltar los propios del ánima en la vejez al hombre, ni pueden faltar los forzosos del tiempo y simiente al hombre, animal y planta; los cuales acaban toda cosa que vive, aunque falten los otros, desecando la raíz con su flujo ó decremento.

Ver. ¿Por qué no podrán faltar al hombre los del ánima si es felice?

Ant. Porque en la vejez prevalece el ánima y sus acciones; debilitase la natural y vegetativa de esta manera; debilitanse las tres empentas ó columnas de la vida, las dos del ánima, alegría y esperanza de bien, porque la experiencia lo desengaña y no da lugar á la alegría vana, engañosa y fingida de la mocedad, ántes le enfadan las cosas que en la juventud alegraban, porque conoce sus fines, como es testigo Salomon, rey felice, diciendo: «Probé todo deleite, y en todo hallé afliccion de espíritu.» Ve los yerros de la vida pasada, que dan tristeza, viene el temor de la muerte cercana y cierta. Cesa la esperanza de bien corporal, porque no queda tiempo para ella ni fuerzas para alcanzarlo, ni salud ni gusto para gozarlo. Cesa la blanda y engañosa esperanza de bien, frustrada tantas veces con fines sinistros y contrarios, y la prudencia no le deja engañarse, como en la juventud, con vanas esperanzas. Debilitase tambien en la vejez la empena ó columna de la segunda armonía del estómago, faltando el calor de la juventud, porque va faltando el calor, como va disminuyendo el húmido, que es su sujeto, y así se hace el ánima más fuerte y activa con sus afectos más fuertes y activos, y las tres empentas se hacen más flacas; crecen los deflujos en número (aunque disminuyen en cantidad), crece su tristeza, dolores y penas; y así esa misma ánima ayuda á la causa de la muerte natural. Y toma este dicho el ánima que nos dió vida, esa misma, capaz y codiciosa de sumo bien y hermosura, aborrecedora de todo mal, es ayuda para la causa de la muerte natural, porque ama y desea deleites que tengan consistencia y sér, y enfándole los del cuerpo, que sólo tienen un tránsito y pasaje. Y por la discordia y entrevimiento de las especies aborrecidas contrarias á su naturaleza, que ella sacude y arroja con la potencia mayor,

que ha ganado á la vegetativa, hace más continuos los deflujos de la humedad del cerebro, como lo sintió Platon, diciendo que la salud consiste en concordia de ánima y cuerpo, y que se anima: *Est potentior ipsum corpus intrinsecus quatiens languoribus implet, distillationes fluxusque commovens*, etc. Y por esto no pueden faltar en la vejez los decrementos especiales violentos del ánima, que ayudan á los forzosos del tiempo y simiente, que desecan el húmido de la raíz con su movimiento propio y natural; desecándose la raíz, desécense con ella sus ramas, que son los nervios y telas que de ella nacen. Desécense y endurecese el nervio que cubre todo el cuerpo, que es el cuero, y va cesando su vegetacion, y vienen las rugas; el cual cuero comienza en la vértice ó remolino de la cabeza, por donde va la mayor parte de la vegetativa. Desécense todos los demas nervios y telas que de esta raíz y su tronco nacen, por donde va el jugo blanco de la nutricion. Desécense tambien las vias, acetábulos ó chupadores y fillos de nervios, por donde chupa y atrae el quilo para sí y para todas sus ramas de primero y segundo seno que ella produce, que son como las barbas ó fibras de las raíces de las plantas; desecándose las vias del tomar y dar (que lo uno bastaba), cesa la vegetativa y todo su oficio de raíz, y sécense ella y sus ramas, y así muere por sequedad el hombre, animal y planta, porque la sequedad va ganando, y la humedad radical va perdiendo (y todas las virtudes naturales en cada deflujo ó caída) un poco, que nunca se recobra total en el cremento. Muy espantado estoy, señor Veronio, de ver cuán poco alcanzaron los filósofos y médicos de la naturaleza del hombre, y cuán errado está todo en sus fundamentos.

TÍTULO LXX.

De la soberbia y altivez, vicio y necedad de imprudentes.

Ahora, que te conoces, hombre, á tí mismo, osaré yo hablar con tu soberbia y singularidad; que en todo te imaginas singular: piensas que tú solo eres hijo de la fortuna, hinchado con algun buen suceso de ella, y á los demas juzgas por ahados; piensas que tú solo eres hijo legítimo de la naturaleza, y que á tí solo dió excelencia de ingenio, habilidad, gracia, hermosura y linaje, y que á tu singularidad se debe la honra, y á los demas juzgas por bastardos. Tu estimacion y altivez te engaña, y ésa te pone en grandes trabajos, aflicciones, tormentos, desasosiegos, iras, enojos y muertes. Bien se nombró la soberbia perdicion de imprudentes. Es un afecto que trae gran daño y perdicion al hombre, sin provecho ninguno; daña á la salud del cuerpo y á la de alma; esta indómita bestia sólo el hombre la tiene; ésta es aborrecida de Dios y de los hombres. Es cosa natural que la soberbia, presuncion y fausto engendra ódio en los corazones de los hombres, y todos la aborrecen, porque el amor ama y tiene respeto á semejanza igualdad. Y como la soberbia sea un género de mayoría que pide respeto y servidumbre, y como el hombre no la deba sino á un solo Dios y á un solo rey, á quien es deuda natural, dale pesadumbre la del soberbio que pudiera ser su igual, y así lo aborrece. Y al contrario, el hombre llano, benigno, fácil y apacible mueve el amor y aficion de los hombres, y de todos ca-

za y atrae la benevolencia. La soberbia es necia y imprudente, tiene sus raíces y fundamento en los bienes caducos de este mundo, y muchas veces en los ajenos, como el que restriba en el valor y virtudes de su linaje y antepasados, como él no tenga ninguna. Restriba en la excelencia, perfeccion y lindeza de su vestido, creyendo y imaginando que aquella lindeza y perfeccion es de su cuerpo, y no del oro ni seda.

Ver. Así dicen los naturales que el elefante y la mona piensan que la lindeza que tienen del vestido puesto es de su cuerpo, y se entristecen mucho cuando se lo quitan, como se murió el elefante cuando le quitaron las insignias de capitán.

Ant. Por cierto bien decis que en esto poco se diferencian los hombres de los animales (á lo ménos las mujeres), pues en los vestidos ponen su felicidad, contento y soberbia, como no sea perfeccion de su cuerpo, sino pegadiza y ajena, dañosa y costosa, sin fruto ni provecho alguno para sí, pues bastaba lo necesario, que cubra en verano y abrigue en invierno.

Ver. No teneis razon, señor Antonio; que si los hombres andan muriendo y gastando su hacienda en vestidos, es por el provecho que de ellos tienen, pareciendo bien á las gentes y agradando á los ojos de los que les miran.

Ant. Mas ántes, señor Veronio, es al reves, que á todos les pesa de ver lo más lucido y aventajado que á ellos mismos, y le toman ódio; de manera que no ahora, sino costa y mayor cuidado, y andar más atado y siervo y esclavo de su vestido, que aún asentarse no pueden, y si llueve, no pueden mojarse; y las mujeres se ponen lobinillos postizos, y no pueden menear la cabeza, y se quitan la libertad de su meneo y andamio, y pierden la gracia y donaire, que es lo que andan buscando, y más la hacienda, sin provecho ninguno. Tambien es necia y imprudente, restribando en los bienes de este mundo propios suyos, tan caducos y perecederos, donde tantas ocasiones hay para perderlos, y tan mezclados están los bienes con los males; luego una poca de ventaja en riqueza, ciencia, hermosura, pone humos de soberbia al hombre, y le crián y nacen alas para volar, como á Icaro, y no falta un sol que luego le derrita la cera y desbarate las plumas falsas y mal pegadas, y luego cae en el mar de los trabajos y desventuras que él mismo se busca, como Icaro, por no querer ir por la region media del aire y tomar el medio, y no extremo, en sus apetitos.

La soberbia es una grande y pesada bestia, que mata al hombre que sube en ella, cogiéndole debajo, con su pesadumbre ó por la gran caída de su altura. Los soberbios son como los altos lugares y cumbres de montes, los cuales son combatidos y heridos más de los aires y rayos que no los valles y lugares bajos. Tambien es imprudente la soberbia, porque si el soberbio mirase su origen y principio tan frívolo, y su entrada en este mundo con llanto y lágrimas, y la vida tan incierta, y más dudosa con los bienes que con los males, se reiría de la soberbia. El olor de una pavesa muerta ó un Aglayo fingido, imaginado sin ser verdad, ó torcerse el chapin de tu madre, te pudiera hacer abortivo. Con una picadura de un soez animal es acabada tu soberbia, Fabio, senador, con un pelo, sorbiendo leche, se

ahogó. Tarquino Prisco, de una espina de un pece. Quinto Lecanio Basso, de una puntura de aguja en el pulgar izquierdo. Emilio Lepio, saliendo del dormitorio, tropezó en el umbral y se cayó muerto. Gayo Aufido, yendo al Senado, de un tropezon se cayó muerto, y aún sin ocasion ninguna murieron otros: los dos Césares, ambos calzándose para salir de casa; Pompeyo, acabando de saludar á los dioses en el Capitolio; Cayo Servilio, estando en la plaza; Gayo Julio, médico, alcoholándose un ojo; Manlio Torcuato, cenando, cuando pedía una mantecosa; Lelio Durio, médico, estando bebiendo; y otros infinitos, que por evitar prolijidad los dejo, pues bastan los que en nuestros días hemos visto en Alcaraz caerse muertos sin ocasion ninguna, que no es menester nombrarlos; todos ricos y contentos, ninguno pobre, ántes reyes y senadores, alegres y contentos, en la vida felice ó suave y cremento grande del cerebro, que les causa la muerte. Y así te aviso con este dicho: Teme el mal de los bienes y ama el bien de los males (como la sirena, que canta en tormenta y llora en bonanza, porque barrunta y espera lo contrario), y dejarás esa vana presuncion, estimacion y soberbia, la cual es de reir en el hombre, que aún para poner paz entre las ranas y los ratones de Homero no es bastante, ni aún para defenderse de otros más flacos y viles animalejos que en este mundo nos persiguen y pueden más que nosotros. Pues si miras el fin y salida de este mundo, y cuál te pára la muerte, sólo te baste considerar que en esa cabeza, que ahora tienes llena de esa ventosidad y vanidad, á tres días despues de muerto tendrás llena y hervirá de gusanos, y de tu médula espinal se formará una culebra, como lo afirman los naturales, y considera tu fin y muerte más largamente en los libritos dichos. De manera, hombre, que si bien te conoces y has entendido tu naturaleza, ninguna razon tienes en tomar soberbia, pues en el crecer y vegetacion eres árbol del reves, y semejante á las plantas (especial la mitad de la vida, que duermes), y por esa tu raíz (que es el cerebro), el cual toma el alimento por el gusto en la compresion de la boca ó primer seno, y por atraccion del segundo, que es el estómago, creces y te aumentas como las plantas por sus raíces. Y en el sentir de la parte sensitiva corpórea bien has visto cuán semejante eres á los animales, y aún algunos te hacen ventaja en vista, en oído, en olfato, en fuerzas, en ligereza. Y si en lo que eres hombre tienes tanta excelencia y ventaja á toda criatura, que es el ánima celestial, divina y eterna, y sus partes, no te fué hecha esa merced para soberbia, sino para agradecimiento y para dar gracias y loores al Criador, por todas esotras criaturas que no son capaces de conocerse á sí mismas ni á su Criador, y para que con el entendimiento lo entiendas y goces, y con la voluntad y libre albedrío lo ames y sirvas, escogiéndolo lo bueno y evitando lo malo, y con razon y prudencia lo proveas y mires al fin en estos actos de tu vida, y con la esperanza te alegres y esperes sus bienes, y con la infinita y eterna capacidad de tu ánima lo puedas gozar para siempre sin fin, y poblar y henchir aquel cielo once no empero (casa de Dios), lugar de tanta anchura, grandeza y vastidad, incomprendible de entendimiento

humano, en donde plega al Criador nos veamos. Amén.

Ver. De manera, señor Antonio, que, según esta naturaleza del hombre, su salud consiste en el oficio recto y jugo apto de la nutrición de la raíz principal, que es el cerebro, y su enfermedad en lo contrario, y no en la ametría y simetría de los médicos.

Ant. Así me parece á mí que resulta claramente, y que el aumento ó acrecentamiento de esta raíz es la sa-

lud, y la disminución es la enfermedad. Y este aumento ó disminución hace la tela pía madre con el jugo ó quilo blanco que ella maneja. Ella lo brota arriba, hasta el remolino, para la vegetación del cuero, y es la salud. Y ella lo derriba para abajo, y son las enfermedades. Y si fuereis á la ciudad, avisad á los médicos que su medicina está errada en sus fundamentos; porque es obra meritoria.

COLOQUIO DE LAS COSAS QUE MEJORAN ESTE MUNDO

Y SUS REPÚBLICAS.

TÍTULO PRIMERO.

Mejorías en las leyes y pleitos.

Pues ya, señor Antonio, habeis mejorado el mundo pequeño, que es el hombre, entendiéndose á sí mismo y sus afectos, y las causas por que vive y por que muere, y entiendo también este mundo grande como está, ahora, por amor de mí, que si sabeis otras cosas en que este mundo y sus repúblicas se puedan mejorar, me las digais.

Ant. Lo que á mí me parece que es gran daño y perdición en este mundo son los pleitos, los cuales también matan á muchos con sus enojos, y por ser inmortales, les consumen las haciendas, traen grandes pesadumbres y desasosiego, por lo cual muchos mueren. ¿Qué barbaridad es que gastó uno en un pleito siete años, y consumió su hacienda, en Granada; al cabo en la sentencia le condenaron en quinientos maravedís, y de que vino á su casa halló su mujer perdida y á sus hijos pidiendo por Dios? ¿Qué barbaridad es que dure un pleito cuarenta años, y que este letrado diga traeis justicia, y el otro diga á su contrario lo mismo? Que aquí den una sentencia, y allí la revoquen y den otra en contrario, y acullá den otra que ni es ésta ni aquella, y quizá todos yerran la razón y justicia de aquel caso, y cada uno puede sustentar y halla escrita su opinión, y el otro la suya, y así se traban los pleitos y se sustentan muchos años. La causa de todo este daño es haber escrito tantos libros de autores y tantas leyes como los antiguos dejaron escritas, que pasan de veinte carretadas de libros, y aún no han acabado de servir; de aquí viene todo el daño, de ser tanto y estar en latín. Tuvieron tanta prudencia acerca de lo futuro los legisladores antiguos, y los modernos que escriben sobre ellos, de dar leyes á los venideros para todos los casos del mundo, que allegaron tanta carga de libros, que mata á los hombres. ¿Pensaron que los venideros habían de ser elefantes ó monas, y no hombres de juicio como ellos? Así con gran prudencia les proveyeron de lo que era justicia en todos los casos venideros, y así hicieron esta *rude indigesta* que moles de libros, que sólo buscando las materias mata los hombres; y al fin, es un arbitrio de hombres muertos, y lo dieron vivos. ¿No sería

prudencia necia la de una madre que cargase á su hijo de todo el pan que ha de comer toda la vida? ¿Y lo cargase de todos los vestidos que ha menester para toda la vida, pensando que él no será para proveer nada, siendo persona de tan buen juicio como ella? ¿No sería necia prudencia de un rey, que mandase á cincuenta sabios que cada uno por sí le escriba á su hijo, nieto y biznieto todo lo que en la vida han de hacer y decir, por sus horas, en cada hora y en cada día, y en cada semana y en cada mes, y en cada año de toda la vida, y estos cincuenta sabios cada uno le escribiese muy grandes volúmenes, que así eran menester, y que su hijo y descendientes fuesen obligados á mirar aquellos libros todos de los sabios, y buscar cada hora lo que habían de hacer, y seguir al que mejor dijese de aquella hora? Con razón dirían el hijo y nieto al Rey: «Padre, mayor trabajo es buscar entre tantos libros lo que tengo de hacer aquella hora, y ver lo que todos dicen para tomar lo mejor, que no hacerlo, y despues de tanto trabajo, lo mismo ó mejor lo hiciera yo á mi juicio; no se puede llevar tan gran carga, dejadnos vivir á nuestro juicio, como vos y vuestro padre, abuelo y antepasados vivieron, que tan hombres somos y de tan buen juicio como ellos; y esta tan gran carga y trabajo quitádnosla, que nos quita la vida; y más, nos da otro trabajo, que, como lo escribieron en latín, hemos de estudiar primero y gastar nuestra vida y hacienda en los estudios; y al fin fué un arbitrio y juicio de hombres vivos como nosotros.» ¿No sería providencia necia de uno que tiene una heredad y edificio cerca, digna de ser vista, y gastase mucho papel en describirla con palabras hasta cada hoja del árbol y su fruto como está (que la discreción es muy dificultosa de entender y imaginar como es), pudiendo, sin este trabajo, llevarlos á que la vean por vista de ojos, y no por la descripción, que lo pone más oscuro y dificultoso de entender? Pues así los que escribieron pusieron todos los casos venideros de la vida humana en descripción, que lo pone dificultoso, y no te dejaron para la vista de ojos sin trabajo nada, porque pensaron que no habías de tener entendimiento como ellos, para juzgar la razón de aquel caso que ves por vista de ojos, sin el gran trabajo de buscarlo y leerlo, y adaptarlo y haber estudiado; y al fin fué arbitrio

de hombres como nosotros, que dieron su parecer y doctrina, la cual es dificultosa de adaptar á los casos infinitos, que á cada paso se varían. ¿Qué Babilonia es que entren quinientos estudiantes en una aula, y seiscientos en otra, á oír leyes, y haya cátedras de tanta renta de la gran esciencia de leyes, pues si estuvieran en romance, y solas las necesarias, no eran menester estudios ni cátedras, ni gastar sus patrimonios en estudiar leyes tantos estudiantes, que mejor estuvieran en su tierra algunos arando, y hallárase trigo!

Rod. Por cierto gran razón es la que decis, y se mejoraría extrañamente el mundo si solamente las más necesarias se quedasen en romance, y todo lo demás al juicio de buen varón y cristiano; que por ventura éste acertaría mejor la razón y justicia que no ahora se acierta, por tanta diferencia de opiniones y libros, pues vemos variar tanto las sentencias de jueces y consejos; y no sería menester estudiar ni gastar sus patrimonios, ni estudiar leyes en latín, ni era menester cátedras de tanta renta, que es cosa de reír, para leyes haber cátedras y universidades, que traen perdido el mundo, sino, como digo, las necesarias en romance, aunque sean todos los textos de los legisladores antiguos y las que se están en romance, quitando y derogando todo lo demás, y que por éstas solas, sin autores sobre ellas y por albedrío de buen varón, se juzguen y determinen las causas, pues son hombres los de ahora, como fueron los pasados, para ver la razón de las leyes tan bien como Bartulo, Baldo; y como se juzga por juicio de hombres muertos, sea por juicio de vivos, y ahórrese el mundo tantos daños y trabajos, y pluguiera á Dios que solamente hicieran daño en el cuerpo; pero hacen en las almas tanto, que dejan la ley de Dios por tantas leyes de la tierra, y está la ley de Dios (donde monta el cielo) en diez preceptos, y para lo de la tierra tal confusión; los que traen pleitos se infaman y deshonoran en los escritos, y desean la muerte; búscanse otros extrínsecos daños y malsinidades. Es tanto el daño que de esto viene, que está comparado con las enfermedades, y así dijo el refrán: «A quien yo quiero mal, déle Dios pleito y orinal.» Éste es el reino donde señorea la mentira, y si uno quiere destruir á otro, con ella puede, poniéndole un pleito; que despues, con pagar las costas, se queda libre, y condenada su ánima. Yo he visto con ira amenazar, diciendo: «Yo le pondré un pleito que le hunda como plomo.» Esto se podría mucho remediar con una ley, que el que mintiere en el pleito que trata (ó intentáre falso) pague, demás de las costas, el doble que monta aquello por que mintió; con la cual ley se remediarían y acertarían muchos pleitos, á lo ménos de intereses. Pues el remedio total de lo dicho sería poner las necesarias en romance, y todo lo demás á juicio de buen varón, que serán los jueces buenos cristianos y sacados de los rincones y monasterios. Las leyes que condenan á muerte son muy necesarias que estén escritas, porque sepa el hombre que la ley lo mata, y no el juez con su albedrío, y otras muchas, aunque fuesen todas las antiguas, y derogar todo lo demás. Las leyes de penas pecuniarias son cojas, porque parece cosa injusta echar tanta carga á un gato como á un caballo, y para uno es mayor pena

cientos maravedís que para otro cien ducados. Dejándolo al albedrío del juez, y quitar tanta renta de cátedras de leyes y tanto gasto y perdición de estudiantes, todo por estar en latín y ser tanto lo escrito sobre ellas. Y síguese otro daño, que para cada letrado hay cuatro procuradores y otros tantos escribanos, que todos podrían entender en otra cosa, en provecho de la república, y aún para otras esencias (que ésta no lo es, porque cada día se mudan las leyes) se deben mudar, porque crece la malicia de la gente, y por el tiempo y la disposición de la tierra y por otras causas se mudan; y así no es ciencia ni habían menester latín ni estudios ni cátedras ni rentas ni tal Babilonia de estudiantes, de donde vienen tan grandes daños al mundo. Digo y aún para las otras ciencias había de haber orden de examinadores de los ingenios para entrar en ellas, que algunos van á estudiar que no nacieron más para letras que los bueyes para volar. Y el que no fuese para estudiar, que se vuelva á su tierra á arar, ó á otro oficio en provecho de la república. Con esto así reformado, y con la ley de la mentira general en todos los pleitos, que el que mintiere en pleito que tratáre ó negáre la verdad á su contrario, que pierda el interés por que mintió y otro tanto de su hacienda; y esto por vía secreta de inquisición, y no otro pleito ordinario. De manera que en cualquier tiempo del pleito, en habiendo mentira, pierda el pleito y otro tanto de su hacienda. Con la cual ley muchos pleitos se acertarían, y muchos no se comenzarían por no dar lugar á la mentira; viendo al otro que, porque mintió, perdió el pleito y otro tanto de su hacienda, los hombres se quitarían de pleitos, y ararían y labrarían la tierra. Y aún si se pudiera poner una ley general de la mentira en los hombres, fuera este mundo paraíso terrenal, que todos lo dañan que en él hay nacen de la mentira; pero á lo ménos en los pleitos esta ley mejoraría mucho el mundo, y los hombres se quitáran de pleitos, y aráran la tierra y habría trigo en abundancia.

TÍTULO II.

Mejorías en la pobreza y en el favor de los labradores y pastores

La demasía y superfluidad causa la pobreza; si toda demasía superflua y galantería, que no sirve más de para la vista y ornato superfluo, se vedase y quitase, no habría pobreza en la república. En los buenos tiempos y siglo dorado, cuando con paño pardo todos araban, no había pobreza; los más honrados y favorecidos eran el labrador y pastor. Ahora vemos lo que pasa, y cuán pocos son los que echan mano á la esteva del arado, y cuán muchas las contiendas, marañas y pleitos, y muchos los letrados, y muchos los zánganos, y muchos los mercaderes y los que se dan á holgar; que cierto en esto también se había de mejorar el mundo, favoreciendo mucho á los labradores, que éstos son los que llevan el trabajo y sustentan el mundo.

El rey don Alonso los favorecía mucho, y decía que él haría que los labradores tuviesen las rejas de plata.

Rod. ¿En qué manera podrían ser favorecidos los labradores para animarlos, y que se multipliquen?

Ant. Paréceme á mí que alargándoles la esperanza